

sujetarse por nosotros, aquel que sentado en su trono de gloria en el Empíreo, está rodeado de ángeles que le aclaman, tres veces Santo, el que es dueño absoluto del cielo y de la tierra, y que no tiene semejante en el poder.

Llegado que hubo Jesucristo á casa de Pilatos, fué presentado al juez, quedándose fuera los judíos, pues que si hubieran entrado, hubieran quedado contaminados para celebrar la Pascua, por ser Pilatos incircunciso. Saliendo, pues, Pilatos al balcon, preguntó á los judíos cuál era la acusacion que traian contra aquel hombre, y ellos tumultuosamente respondieron: *Si no fuera malhechor no le hubiéramos traído á tu tribunal.* Vosotros, dice Pilatos, podeis juzgarle si como decís es malhechor. A esto se negaron los judíos protestando que no les era lícito matar á nadie. Deseaban que Jesus muriese, pero querian que fuese en virtud de una sentencia del gobernador romano. Pilatos, que ninguna prevencion tenia contra el Divino Nazareno, entra de nuevo en su tribunal y le dirigió varias preguntas, sin hallar en él causa alguna para sentenciarle. Así lo hizo saber á aquel pueblo ingrato que amotinado pedia á gritos la muerte de Jesus. Es reo de muerte, exclamaban: habiendo empezado á enseñar máximas perniciosas en Galilea, vino despues á Jerusalem donde ha cometido el mismo crimen. Oyendo el presidente romano que Jesus era Galileo, determinó enviárselo á Herodes, que á la sazón se hallaba en Jerusalem, y á cuya jurisdiccion pertenecia.

Apenas Herodes que habia heredado de su padre la crueldad y el orgullo, tuvo noticia de que se le enviaba á Jesus de Nazareth, llenóse de regocijo. Habia

oído hablar de sus milagros y deseaba conocerle. En efecto, Jesus fué conducido á su presencia: en el tránsito, de la casa de Pilatos á la de Herodes renovaron los judíos sus malos tratamientos, dando golpes y colmando de injurias á la divina víctima. Jesus entretanto tenia fija su imaginacion en la redencion de la humanidad: esta obra admirable que iba á verificarse en aquel dia, habia sido siempre su pensamiento acariciado: íbase acercando la hora en la que habia de consumir el sacrificio de su vida, y tantos padecimientos, tantas afrentas, injurias de tal tamaño, todo le parecia poco, pues que se trataba de salvar al hombre. ¡Oh amorosísimo Jesus! ¡cuánto te debemos! ¡cuántos bienes nos has dispensado!

Herodes oyó las acusaciones que se dirigian contra el Salvador, y aparentando una compasion que estaba muy lejos de tener, le dirigió su palabra. Veamos le dice, como te defiendes de tantas acusaciones: mucho he oído hablar de tus elocuentes discursos y de los muchos prodigios que dicen, has hecho. Deseaba satisfacerme por mí mismo. Dí, pues, quién eres; de dónde te ha venido ese poder; dónde has adquirido la sabiduría que demuestras. En tiempo de mi padre vinieron unos Reyes de Oriente á rendir homenaje de adoracion á un rey de los judíos que habia nacido. ¿Eres tú por ventura? Bien puedes libertarte de los que te acusan: haz á mi presencia algunos prodijios y te libentaré de la muerte: en mi mano está el salvarte ó el condenarte. ¡Ah, insensato Herodes! Si conocieses quién es ese á quien te diriges, si supieses que en sus manos están los bienes y los males, la muerte y la vida, la riqueza y la pobreza, lejos de interrogarle con tanta audacia y altanería, te postrarías en su pre-

sencia, y le rendirias justos homenajes de adoracion. El que no es otra cosa que polvo y ceniza se cree superior al dueño del Universo; la nada se ensoberbece ante el que es Omnipotente. El adúltero Herodes, el cruel asesino del Santo Precursor, no mereció recibir respuesta á sus preguntas: Jesus le oia con paciencia y callaba. ¿Qué hacer? Herodes estaba enemistado con el gobernador romano: no le parecia bien condenar al que aquel habia declarado inocente. Parecióle lo mejor considerarle y tratarle como de mente. Dispuso, pues, que le vistiesen el ropon blanco, en señal de que estaba falto de juicio, y de este modo mandó que le volviesen á Pilatos. Entretanto los príncipes de los sacerdotes repartian dinero á las turbas para que gritasen y pidiesen la muerte del mansísimo Cordero de Judá. ¡Oh! ¡Qué rabia y desesperacion se apoderó de los enemigos de Jesus, al ver que no habian podido arrancar la sentencia de muerte porque suspiraban, ni á Pilatos ni á Herodes! Ambos conocieron su inocencia, pero ni uno ni otro tuvieron valor para absolverle y declararle libre. ¡Debia cumplirse lo que estaba escrito desde la eternidad en el gran libro de la Providencia!... ¡Debia realizarse cuanto los Profetas habian escrito acerca del Hijo del Hombre!

Salió Jesucristo del palacio de Herodes, dice oportunamente un escritor piadoso, como sale la verdad de los palacios, maltratado y desfigurado. Con aquella vestidura que le declaraba por loco al mundo, se presenta en las calles de Jerusalem, siendo objeto de mofa y de risa para la multitud. Con la mayor humildad y sin proferir la mas mínima queja, sufría el Hijo del Eterno Padre tantos ultrajes, y los muchos

golpes que sobre su sacratísima persona daban sus crueles é implacables enemigos. El camino era escabroso, la vestidura con que le habian cubierto mas larga de lo que era necesario; así se la pisaba de continuo, cayendo en tierra, lo que producía nuevas risas en aquel pueblo bárbaro y cruel. Así llegó de nuevo al tribunal de Pilatos. Vamos ahora á contemplar los grandes tormentos que experimenta desde aquel instante hasta que tomando sobre sus hombros la Cruz, ese madero santo buscado con tantas ansias por su amor, sale para el Calvario.

### § III.

Una gran multitud habia invadido el palacio del Presidente romano. Allí habian acudido los fariseos, los príncipes de los sacerdotes y los demas enemigos del Salvador, dispuestos á no perdonar medio alguno hasta arrancar la sentencia de muerte. La Pascua se acercaba, y era necesario que antes se verificase la muerte de Jesus. Los mismos príncipes de los sacerdotes habian esparcido alarmantes rumores, haciendo creer al pueblo que todos estaban amenazados de ser castigados por el cielo, si no se quitaba la vida prontamente al sacrilego; qué horror!... que habia tenido la osadía de llamarse Hijo de Dios bendito. El pueblo se dejó seducir. Ese pueblo que es siempre y en todo tiempo el juguete de los grandes, instrumento de sus planes revolucionarios; el pueblo que grita, sin saber las mas veces lo que quiere, y siempre movido por el interés ó halagado por risueñas esperanzas que le hacen concebir los autores de trastornos, estaba dispuesto á armar toda clase de albo-

roto hasta conseguir el objeto que todos se habian propuesto. Llegado que fué el Salvador al palacio de Pilatos, los archeros le hicieron subir la escalera con la mayor brutalidad, haciéndole caer repetidas veces (1). Pronto se vió de nuevo en la presencia del Presidente. Este se dirigió á los que le conducian diciéndoles: «Ya sabeis que he interrogado á este hombre, y que no he hallado en él causa alguna para condenarle á muerte. Herodes tambien le ha encontrado inocente, y eso que es conocedor de vuestras leyes.» Entonces empezaron de nuevo las acusaciones, y á ellas y á las preguntas de Pilatos, nada contestaba el Salvador. Sus enemigos creyendo, á juzgar por las palabras del Presidente, que iba á ser absuelto Jesus, se indignaron y apuraron todo su ardid maldito para que asi no se verificase. ¡Tan grande y profundo era el odio que le profesaban! Pilatos, que por una parte reconocia la inocencia del acusado y por otra habia recibido aviso de Pórcia, su mujer, que le decia, que habia tenido vision de la inocencia de aquel hombre, recurrió á un medio que le pareció el mas seguro para libertar al Salvador.

Tenian costumbre los judíos de que en celebridad de la fiesta de la Pascua, se diese libertad á un preso cada año. Barrabás, célebre asesino, cuyo nombre no podia oirse sin horror, se hallaba encarcelado: sus crímenes debian conducirle al cadalso. Pues bien, Pilatos se dirige al balcon y recordán-

(1) La escalera de la casa de Pilatos, trasladada á Roma por el celo de los Soberanos Pontífices, se conserva en un pequeño santuario inmediato á la Basilica Liberiana. Multitud de habitantes de Roma, y de peregrinos de todos los países, la suben de rodillas y con la mayor devocion. Tambien hemos tenido la dicha de besar aquellas piedras regadas por la sangre de nuestro Divino Redentor. (El Autor.)

doles esta antigua costumbre, les dá á escoger entre Jesus y Barrabás. ¡Oh que comparacion tan criminal! ¡El justo por esencia con el mayor pecador! ¡El autor de la moral mas sublime que escuchara el mundo con el hombre mas desmoralizado y criminal que conocieran los siglos! ¿Cómo habia de creer Pilatos que aquel pueblo indómito y rebelde habia de pedir la libertad del asesino y la condenacion del justo? Pero fué así: y cuando el Presidente oyó que pedian la libertad de Barrabás, exclamó en el colmo de la sorpresa: «Y bien ¿qué quereis que haga de Jesus que se llama Cristo?» Y todos á una vez respondieron á voz en grito: «Crucifícale, crucifícale.» Aquí vemos cumplida la profecía de Isaias que habia dicho: *Et cum sceleratis reputatus est*: Fué comparado con los malvados.» Y no solo lo fué sino que se vió pospuesto al mas malvado de los hombres. Cada vez mas estupefacto Pilatos y sin determinarse á tomar resolucion alguna, preguntó de nuevo: «¿Qué mal ha hecho?» Pero el pueblo amotinado que con sus descompasadas voces hacia perder el eco de la del Presidente, no daba otra razon ni respuesta que la de «crucifícale, crucifícale.» Ingrata Jerusalem, tan favorecida de Dios en todo tiempo. ¿Ignoras que al pedir la muerte de Jesus pronuncias tu sentencia de esterminio?

Como viese Pilatos que no habia forma de aplacar á aquel pueblo sediento de la sangre de Jesus, determinó probar el último medio, cual era el mandarle azotar con el mayor rigor, á ver si compadecidos sus enemigos al verle en el triste y lastimoso estado á que habia de quedar reducido, se daban por satisfechos. Sacaron, pues, los archeros á Jesus de la presencia de Pilatos, y le condujeron al lugar destinado para

las flagelaciones. Allí había una columna que no era demasiado alta. Los encargados de ejecutar la sentencia hicieron á Jesus despojar de la vestidura blanca y de su propia túnica, de suerte que quedó completamente desnudo á escepcion de los paños de honestidad que llevaba debajo de la túnica. Ataron en seguida las manos del Redentor á lo alto de la columna, de suerte que quedó perfectamente estendido, pues apenas tocaba con los piés en el suelo. En esta posición le habia visto á través de los siglos el Profeta de los Salmos, cuando exclamó: *Preparado estoy para los azotes* (1). Vos ¡oh Jesus divino! lo habiais anunciado anticipadamente cuando digisteis por los lábios del principe de Hús: *Me ha encerrado el Señor con el inicuo, y en manos de los impios me ha entregado* (2). Ningun otro poder que el de su caridad hubiera sido suficiente á sujetar al Santo y divino Sanson, dice San Lorenzo Justiniano. No nos es necesario pasar mas adelante. Contemplad, cristianos, á Jesucristo desnudo y atado á la columna y no podreis menos de traer á la memoria la desnudez é ignominia á que quedó reducido el hombre por el pecado. El que fué criado á imagen y semejanza de Dios, disfrutó nada mas que momentáneamente la felicidad que le habia sido concedida: pecó; queriendo asemejarse al Criador faltó al precepto que le habia sido impuesto. Entonces conoció su desnudez y su ignominia y se avergonzó de sí mismo. Jesucristo pues, que quiso asemejarse al hombre revistiéndose de nuestra naturaleza, toleró la ignominiosa desnudez á que se ve reducido en el Pretorio para expiar las con-

(1) Ego in flagella paratus sum. Psalm. XXXVII, v. 18.

(2) Conclusit me Deus apud iniquum, et manibus impiorum me tradidit. Job. cap. XVI, v. 12.

secuencias del pecado. ¡Qué ardiente caridad! ¡Qué amor tan extraordinario!

Seis de aquellos verdugos se emplearon en la flagelacion del Salvador, relevándose de dos en dos, con ramales de cordeles retorcidos y con nervios de animales secos, azotaron con tanta crueldad al Salvador, que pusieron su espalda hecha una viva llaga, destrozándole de tal modo, que caian al suelo pedazos de su carne sacratísima. Tres cuartos de hora duró la flagelacion, y en este tiempo se cree que recibió el Señor mas de cinco mil azotes.

Siguió á esto la burlesca coronacion del Salvador: conducido al cuerpo de guardia, cubriéronle los soldados con un manto viejo de grana, y formando una corona de espinas, colocáronla sobre su cabeza, poniendo en sus manos una caña á manera de cetro, y pasando por delante de él, hincaban una rodilla en tierra, y con acento sarcástico le saludaban diciendo: «Dios te salve, Rey de los judíos.» *Ave Rex judæorum*. De este modo fué presentado al pueblo. *Ecce Homo*, esclama Pilatos: hé aquí el hombre que teneis por vuestro enemigo: ¿qué podeis temer ya de él en el estado en que se encuentra? No busqueis sentimientos de compasion en los judíos. Tanta multitud de voces forman un solo eco que dice: «Crucificalo, crucificalo.» ¿Quereis, dice Pilatos, que crucifique á vuestro Rey? — No tenemos, contestan ellos, otro rey que el César.

Pilatos no supo resistir mas: temiendo las amenazas que le hacian de indisponerle con el César, olvidó sus propios remordimientos, los avisos de su esposa, y sus deberes como juez, disponiéndose á pronunciar la sentencia mas injusta que se dió jamás. *Innocens ego*

*sum á sanguine justi hujus: vos videretis.* Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros: y lavó sus manos. Colocado en seguida Pilatos *pro tribunali*, en el lugar llamado gábatha, pronunció la sentencia de muerte contra Jesus Nazareno. En el momento rompió Pilatos su baston de mando, y arrojó los pedazos á los piés de Jesus, para dar á entender que aquella sentencia no tenia apelacion (1). Sonó la trompeta

(1) Como documento curioso, insertamos á continuacion la siguiente sentencia pronunciada contra el Salvador, y que fué remitida desde Simancas por D. José Ferrer del Couto. Creemos será leida con agrado.

Dice así:

«Archivo general de Simancas.—Negociado de Estado.—Legajo 847,—y de Roma núm. 1.º

«Copia de la sentencia que dió Pilatos contra Cristo Nuestro Señor, la cual se halló en la ciudad de Aquila (Abruzo), por los años 1550, entre las ruinas marmóreas de un templo, donde se hallaron dos tubos de hierro, y en uno de ellos escrita en pergamino con caractéres hebreos, la siguiente carta, que se interpretó de la manera siguiente:

»En el año XVII de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo, en la Olimpiada CXXI: edad XXIV, y de la creacion del mundo, segun el número y cuenta de los hebreos cuatro veces MCXLVII: de la propagacion del imperio romano el año LXXIII: del rescate de la servidumbre de Babilonia el CDXXX y de la restitucion del imperio sagrado el CDXCVII: siendo cónsules del pontífice romano, Lucio Pisano y Marcio Saurico, procónsules del invicto Valerico Palestino, gobernador público de Judea y regente y gobernador de la ciudad de Jerusalem Flavio cuarto su presidente gratísimo

»Poncio Pilatos, regente de la Baja Galilea herodiana, antipatriarca y pontífice del Sumo sacerdocio Anás y Caifás; Ales Maelo, maestre del templo: Rabahan Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalem Quinto Cornelio Sublimio y Sexto Pompilio Rufo, á los XXV de marzo.

»Yo Poncio Pilatos, representante del imperio romano en el palacio de Larchi, nuestra residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesus, llamado Cristo Nazareno, de la turba de Galilea, hombre sedicioso de la ley mosaica contra el gran emperador Tiberio César, de-

para imponer silencio, y se publicó solemnemente la sentencia.

Ordenó Pilatos que se inscribiese en un tarjeton la inscripcion que habia de colocarse en la Cruz, y que dijese: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS, escrito en hebreo, griego y latin para que fuese de todos comprendido. No lo llevaron á bien los judíos, pues decian que no habia exactitud en la inscripcion, pero Pilatos

termino y pronuncio, en razon á lo espuesto, que sufra la muerte clavado en la cruz, á usanza de los reos, porque habiendo congregado muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose Hijo de Dios y rey de Israel, amenazando la ruina de Jerusalem y del sagrado imperio, y negando el tributo al César: habiendo tenido el atrevimiento de entrar con palmas y en triunfo acompañado de la turba como rey dentro de la ciudad de Jerusalem en el templo sagrado.

»Por tanto, mando á mi centurion Quinto Cornelio, que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalem á ese Jesus Cristo, amarrado y azotado, vestido de púrpura y coronado de espinas punzantes, con la propia cruz acuestas, para que sirva de ejemplo á todos los malhechores, y que lleve con él á dos ladrones homicidas: todos los cuales saldrán por la puerta Giancarola, llamada hoy Antoniana, é irán hasta el monte de los malvados, que se dice Calvario; donde crucificado y muerto, quede el cuerpo en la cruz para que sirva de espectáculo y ejemplo á todos los criminales: y en la dicha cruz se le pondrá el siguiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega y latina: en hebreo, *Jesu aloi olisidin*: en griego, *Jesus Nazareno*: en latin, *Jesus Nazare-nus, Rex Judæorum*.

»Mandamos asimismo, que ninguno de cualquiera clase que sea, no se atreva temerariamente á impedir esta justicia por nos mandada, administrada y seguida con todo rigor, segun los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo la pena en que incurren los que se rebelan contra el imperio. Confirmaron esta sentencia por las doce tribus de Israel, Raban, Daniel, Ranan segundo, Joan, Ben-ciari, Barbas, Isabec, Presidan. Por el Sumo sacerdocio, Raban, Judas, Boncalason. Por los Fariseos, Rolian, Simon, Daniel, Braban, Mordagin, Boncertassilis. Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sirtilio, Amostro Silio, notario público del crimen. Por los libres, Nastian, Reotenan.